

y a diez el segundo. Respecto a Carruthers, no hemos vuelto a saber de él; pero estoy seguro de que se libró con unos cuantos meses de prisión únicamente.

Los Monigotes

Hacía largo rato que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintos olores.

Largo rato hacía también que yo lo miraba, y lo comparaba mentalmente con una colosal ave de rapiña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza y, mirándome fijamente, exclamó:

—De modo, amigo Watson, que no está usted completamente decidido.

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en acciones sudafricanas.

Di un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar a tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunté, estupefacto.

Holmes dio la vuelta en el taburete, y con un tubo de ensayo en la mano se quedó mirándome. Por sus labios vagaba una sonrisa irónicamente burlona.

—Vaya, confiese, amigo Watson, que le ha sorprendido mi pregunta.

—Lo confieso.

Estoy a punto de exigirle por escrito esa confesión.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos opinará que no tiene nada de particular que le haya adivinado el pensamiento.

—De ningún modo, querido. Lo admirable es siempre admirable.

—Perfectamente. Ahora verá.

Dejó cuidadosamente el tubo en un vasito de cristal, se levantó del taburete y, viniendo a sentarse junto a mí, empezó a hablar.

—Todo descubrimiento se basa sobre una serie de deducciones perfectamente enlazadas unas con otras y absolutamente necesarias entre sí. Teniendo en cuenta esto, si nos callamos las deducciones intermedias y decimos sólo el punto de partida y la conclusión, produciremos un efecto sorprendente, aunque no muy estable y seguro en la mayoría de los casos. Por ejemplo, ahora yo no he necesitado más que examinar el espacio que existe entre sus dedos índice y pulgar para deducir que no está muy decidido a arriesgar su capital en las minas de oro sudafricanas.

—Pues no veo la relación...

—Ahora la verá. Voy a decirle los eslabones que faltan a esta cadena deductiva.

"1º. Ayer por la tarde, cuando volvió usted del Círculo, traía manchada de tiza la mano izquierda, entre los dedos pulgar e índice.

"2º. Generalmente, esa parte de la mano es la que se unta de tiza para que resbale mejor el taco cuando se juega al billar.

"3º. Usted no juega nunca al billar más que con Thurskon.

"4º. Hace un mes me dijo usted que Thurskon, no teniendo bastante dinero disponible para comprar unas acciones de las minas de oro que le habían propuesto, le ofreció la mitad.

"5º. Su ralonario de cheques lo tengo yo guardado en mi secrétaire y no me ha pedido la llave.

"6º. y último. Se comprende que no quiere usted arriesgar su capital en esas acciones".

—¿Pues sí que es sencillo! —exclamé sin poder contenerme.

—¿Lo ve? —contestó Holmes, un poco molesto—. Todo nos parece muy sencillo en cuanto nos descubren el secreto. Sin embargo, hay problemas que... Por ejemplo, mire este papel.

Y tirando encima de la mesa una hoja de papel, se entregó de nuevo a sus experimentos químicos.

Cogí el papel, estupefacto. Allí no había más que unos cuantos jeroglíficos.

—¿Pero esto es cosa de chicos! —exclamé, después de darle mil vueltas y de mirarlo en todos sentidos.

—¿Está seguro?

—No puede ser otra cosa.

—Desgraciadamente, no es ésa la opinión del señor Hilton Cubitt, de Ridding Thorpe Manor (Norfolk). Ese enigma que ve ahí lo he recibido esta mañana por correo, y esta tarde recibiré la visita de quien me lo ha enviado.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—¿No lo dije? —continuó Holmes—. O mucho me engaño, o ese que ha llamado debe ser él.

Sonaron pasos firmes y enérgicos en la escalera, luego en el pasillo, y momentos después se abrió la puerta del cuarto y entró un hombre alto y corpulento. Todo su aspecto, desde la rubicundez del afeitado rostro y la bondad de sus ojos claros y serenos, hasta su vestir sencillo, pero elegante, revelaba un hombre sano, acostumbrado a vivir lejos de las tinieblas de Baker Street. Con él pareció entrar una ráfaga campesina. Después de estrecharnos las manos iba a sentarse, cuando sus ojos tropezaron con el papel que me había dado Holmes hacía un momento, y volvió a coger la mano de mi amigo, diciendo:

—Qué, señor Holmes, ¿ha descubierto el enigma? Me han dicho que es usted muy aficionado a los asuntos misteriosos.

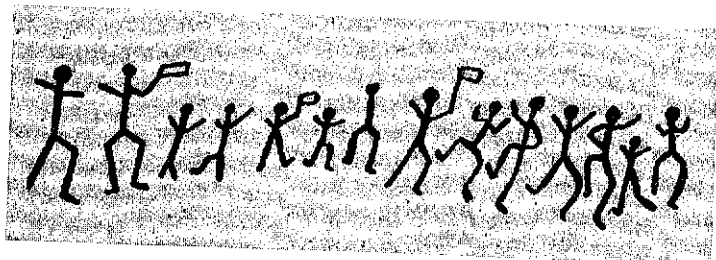
Holmes inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues bien, ninguno tan extraño y tan oscuro como el mío. Le envié este papel esta mañana para que tuviera tiempo de descifrarlo antes de que llegase yo.

—Realmente —contestó Holmes—, se trata de un documento muy curioso. A primera vista, parece el dibujo de un niño que intentase representar una porción de monigotes bailando. ¿Qué motivos tiene usted para conceder tal importancia a una cosa tan grotesca?

—Se trata de mi mujer, señor Holmes. Hace algunos días que la noto cambiada, silenciosa, temblando al menor ruido, con los ojos llenos de terror. Ése es el motivo que me ha obligado a enviarle estos monigotes y a venir en busca de su talento.

Holmes levantó el papel y lo puso a plena luz. Era una hoja arrancada de algún cuaderno, y en ella había dibujados varios monigotes.



Durante largo rato reinó un silencio absoluto. Por fin, Holmes, guardándose el papel en la cartera, dijo:

—Cada vez me convengo más de que este asunto me dará bastante que hacer. Ahora, aunque en su carta no daba usted muchos detalles respecto de su personalidad, desearía, señor

Hilton Cubitt, que los repitiera y ampliara, para que los oiga mi compañero el doctor Watson.

Hilton Cubitt me lanzó una mirada tímida; después, carraspeando y retorciéndose, nerviosamente, las manos, anchas y rudas, empezó:

—Yo, señores, no tengo condiciones de narrador ni facilidad de palabra. Todo lo contrario. Así, pues, contaré las cosas como pueda, y si alguna les parece confusa, deben decírmelo, para explicarla. Quiero que se enteren perfectamente. Hará un año que contraje matrimonio. Aunque no soy muy rico, mi familia es una de las más antiguas del condado de Norfolk y hace cinco siglos que se establecieron los primeros Cubitts en Ridding Thorpe. Hará cosa de un año vine a Londres, con motivo de las fiestas del pueblo, en compañía de Parker, nuestro párroco, y ambos nos hospedamos en una casa de huéspedes situada en Rursel Square.

”Allí trabé conocimientó con una joven americana llamada Elsie Patrick. Simpatizamos desde el primer momento, y antes de un mes ya estaba locamente enamorado de ella, y pasados unos días nos casamos y volvimos inmediatamente a Ridding Thorpe. Tal vez, señores, les parezca que un individuo de mis condiciones, perteneciente a una de las familias más nobles y antiguas del condado de Norfolk, hizo mal casándose de un modo tan precipitado sin cuidarse de averiguar los antecedentes y la familia de su esposa; pero si la hubieran visto, comprenderían mi súbita locura.

”Sin embargo, he de decir, en descargo de ella, mejor dicho, en alabanza suya, que conmigo se portó lealmente. Antes de casarnos me hizo la siguiente confesión: “En otros tiempos, Hilton, formé parte de una sociedad secreta que pesó cruelmente sobre mi vida, hasta tal punto que no sé lo que daría por no tener un

pasado tan doloroso. Aún estás a tiempo; pero ten la seguridad de que si te casas conmigo, no tendré nunca que ruborizarme delante de ti y de que en mi pasado no hay nada deshonesto para mí. Además, en el caso de que me aceptes, has de resignarte a no saber una sola palabra de todo lo ocurrido antes de conocerte. Si te parecen demasiado duras estas condiciones, vuelve a Norfolk y abandóname; yo seguiré la vida como si no nos hubiéramos conocido nunca". Por toda contestación, le cogí la mano y la besé en la frente. Mi palabra estaba dada, y desde entonces la he cumplido religiosamente.

"Pasó un año, y nuestra vida era de una felicidad envidiable. Pero de pronto, el mes pasado, aparecieron las primeras señales de tempestad. Cierta día, mi mujer, que no recibía nunca correspondencia, se encontró con una carta procedente de América, según pude adivinar por el sello de origen. Al leerla se puso pálida, y haciéndola mil pedazos, la arrojó al fuego. Ninguno de los dos, fieles a nuestra promesa, hablamos del incidente. Desde entonces no hubo minuto de tranquilidad para ella. Como dije antes, parece estar bajo el peso de un presentimiento terrible. A no ser por la promesa que le hice, yo le hubiera hablado ya, y tal vez confiándose ella a mí, conjuraríamos el peligro; pero en vista de su silencio, yo también he callado, aunque con gran dolor de mi alma. Debo advertirles, sin embargo, que ni un solo momento dudé de ella. Es una mujer admirable; conoce mi modo de ser, el culto que rindo a la caballería, el respeto que le tengo, y por nada del mundo cometerá una falta que pudiese manchar mi nombre.

"Y ahora llegamos a la parte extraña y misteriosa de esta historia.

"Hace aproximadamente una semana, el martes último, encontré en el trozo de muro que hay debajo de la ventana de

mi cuarto una porción de monigotes semejantes a los que hay en ese papel, y dibujados con tiza en la piedra. Creí al principio que los habría hecho el lacayo, pero éste me juró y perjuró repetidas veces que no hizo tal cosa. Mandé que los borrarán y le di cuenta a mi mujer del hallazgo. Con gran sorpresa mía, se afectó profundamente y me rogó que si volvían a aparecer otros dibujos como aquél le avisara antes de borrarlos. Transcurrió la semana sin novedad; pero ayer por la mañana me encontré en el jardín esa hoja que le he enviado. Al enseñársela a Elsie, le produjo tal efecto, que cayó sin conocimiento. Desde entonces parece vivir en sueños, en una pesadilla horrible, y a mis súplicas responde con miradas dolorosas, de sonámbula, de mujer que ya no vive en este mundo. Ahí tiene, señor Holmes, mi historia. Acudo a usted, esperando que no desoiga mis súplicas. No soy un hombre rico; pero si logra descubrir este enigma y salvar a mi esposa, estoy pronto a quedarme en la miseria para recompensarle".

Calló Hilton Cubitt. Nuestras almas se sintieron impulsadas hacia la franca y sana de aquel hombre de la antigua nobleza inglesa, de ojos azules y de ademanes sencillos. En sus palabras sentimos vibrar la abnegación y el amor que sentía por su mujer, y largo rato después de haber terminado de hablar, un silencio augusto llenaba la habitación. Por fin Holmes habló.

—¿No le parece, señor Cubitt, que lo mejor sería interrogar a su esposa y rogarle que le confiara su secreto?

Hilton Cubitt sacudió la cabeza denegando.

—Ya le he dicho, señor Holmes, que media entre nosotros dos mi palabra de caballero. Cuando Elsie no me ha dicho nada, es que no puede hacerlo, y deber mío es respetar su silencio. Pero, en cambio, la veo en peligro, y como tengo el derecho y la obligación de defenderla, lo haré, cueste lo que costare.

Holmes le tendió la mano y le estrechó la suya enérgicamente.

—¡Bravo, señor Cubitt! Es usted un perfecto caballero y, por lo tanto, le serviré con toda mi alma. Vamos a ver: ¿se ha fijado si ha habido algún extranjero estos días en las cercanías de su casa?

—No; no he visto a nadie extraño.

—La localidad será lo suficiente tranquila y lo suficiente pequeña para que no pasara inadvertido cualquier forastero, ¿no es así?

—No tanto. Cerca de Norfolk hay algunas playas notables y no pocos hoteles, casi siempre llenos de forasteros.

—Eso varía la cosa. Indudablemente, estos monigotes no son producto de un entretenimiento o de una distracción, sino que tienen un significado, en cuyo caso hemos de procurar averiguar la clave. Sin embargo, necesito una base mayor que ésta, es decir, más dibujos, porque éste solo no es suficiente. Así, pues, me parece que lo más conveniente es que se vuelva a Norfolk, organice una severa vigilancia, y en cuanto note la aparición de más monigotes, me lo comunica inmediatamente. Es lástima que no se quedara con copia de los otros, de los que aparecieron en el muro debajo de la ventana. También debe procurar enterarse de quién o quiénes son los únicos forasteros que han llegado estos días a las playas cercanas, y me lo comunica enseguida. Estos son los consejos que le puedo dar por ahora, señor Cubitt, en la inteligencia de que si ocurriera algo inesperado o grave, me pondría un telegrama y en el primer tren saldré de Londres para reunirme con usted.

2

Profunda impresión le causó esta entrevista a mi amigo. En días sucesivos lo vi preocupado y reflexivo, examinando constantemente el papel lleno de monigotes; pero, no obstante, ni él ni yo volvimos a hablar una palabra más acerca del asunto.

hasta que, pasados quince días, una tarde en que yo me disponía a salir, Holmes me cogió de un brazo, diciéndome:

—Me parece que haría mucho mejor quedándose en casa.

—¿Por qué?

—Porque he recibido esta mañana un telegrama de Hilton Cubitt. Ya recordará usted: Hilton Cubitt, el de los monigotes misteriosos.

—Sí, sí; ya recuerdo.

—Pues bien; en ese telegrama me rogaba que lo esperase. A la una y veinte habrá llegado a Liverpool Street, y dentro de un momento estará aquí. Según parece, han ocurrido graves acontecimientos.

No tuvimos que esperar mucho. Nuestro gentilhombre de Norfolk vino desde la estación con toda la rapidez posible. Parecía más aplanado, más triste, con ojos cansados y la frente rugosa de preocupaciones.

—Me voy a volver loco, señor Holmes —exclamó, derrumbándose sobre el primer sillón que encontró—. La verdad es que no tiene nada de agradable sentirse rodeado de seres extraños e invisibles llenos de malos deseos, y resulta mucho más terrible cuando estos mismos seres, ante mis propios ojos, van matando lentamente a Elsie.

—¿Y ella se obstina en callar?

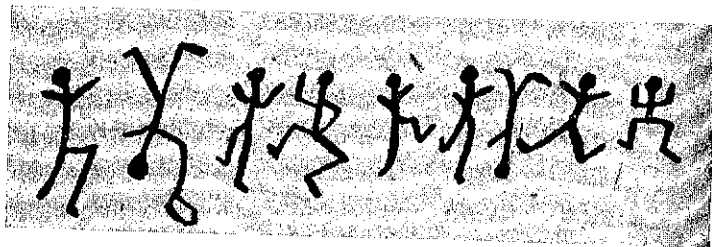
—Sí. Aún no me ha dicho nada, y eso que muchas veces le noto deseos de hablarme, de revelarme el secreto; pero no se atreve y vuelve a caer en su desesperante mutismo. He intentado ayudarla en muchas ocasiones, tirarle de la lengua, fingiendo suspicacias y enojos que no existían. Nada. Parecía como que iba a abrimme el santuario de su alma; pero al tenderle ansioso las manos, al suplicarle con mis ojos llenos de angustia, ella dejaba caer la cabeza, lanzando un suspiro profundo y se alejaba de mí.

—¿Y de descubrimientos? ¿Qué hay de nuevo?

—Bastantes. Tengo una infinidad de monigotes que enseñarle, y hasta he visto al misterioso personaje que los...

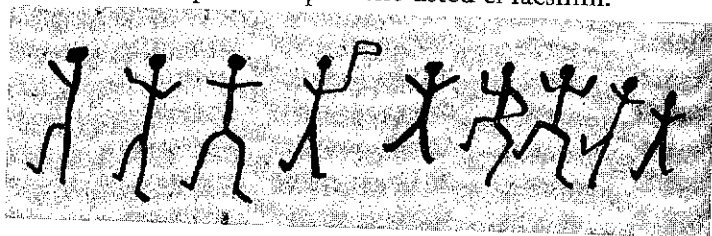
—¿Al autor de ellos? —interrumpió Holmes.

—Sí, al autor de ellos. Pero como todo en esta vida requiere mucho método, vamos por partes. En la mañana siguiente del día en que celebramos la primera entrevista, me encontré con nuevos monigotes dibujados con tiza en la puerta de una caseta de madera donde guardamos los útiles de jardinería. Aquí tengo la copia.



—Perfectamente —dijo Holmes, luego de examinarlo largo rato—. Continúe.

—Después de copiarlos los borré, y al cabo de dos días apareció otra nueva inscripción. Aquí tiene usted el facsímil.



Holmes se frotó las manos y, echándose a reír, exclamó:

—¡Bravo! Esto marcha...

—Tres días más tarde —continuó Hilton Cubitt— apareció esta nueva inscripción en la piedra del reloj de sol, y que, como ve.

es enteramente igual a la anterior. Entonces decidí ponerme en acecho, y armado de revólver me instalé en mi despacho, que, según ya le dije, tiene una ventana, desde la cual se domina perfectamente todo el jardín. A eso de la dos de la madrugada, sentado yo junto a la ventana en la más completa oscuridad, y estando iluminado el jardín por la clara y blanca luz de la luna, oí ruido de pasos detrás de mí. Volví la cabeza rápidamente... y me encontré con mi mujer. Iba vestida con una bata, sobre la cual resaltaba la palidez del rostro, y con voz temblorosa y bañada en lágrimas me rogó que me acostara. Entonces le contesté que estaba dispuesto a saber quién era el individuo que nos jugaba tales partidas, y ella repuso que no hiciera caso, que aquello eran bromas sin importancia de ningún género.

—Ahora, si realmente te molestan —añadió—, ¿por qué no viajamos? ¿Quieres que nos vayamos muy lejos de aquí?

—¿En qué quedamos? —contesté—. Dices que no se trata más que de una broma, ¿y hemos de concederle tal importancia, hasta el punto de abandonar esta casa, donde hemos sido tan felices?

—Bueno —suspiró ella—. Acuéstate. Mañana hablaremos. ¡Ah!...

—Sentí temblar su mano en la mía, y a la luz de la luna me pareció más pálido su semblante. Entonces miré hacia el jardín. Cerca de la caseta de madera vi arrastrarse un bulto; hasta se sentó en el suelo, frente a la puerta. Saqué el revólver del bolsillo, y ya iba a saltar por la ventana, cuando mi mujer me echó los brazos al cuello, sujetándome con todas sus fuerzas. Largo rato luchamos, pues en ella los nervios le duplicaban las fuerzas y resultaba con casi tanto vigor como yo. Por fin logré desasirme y saltar al jardín, pero ya era tarde. El individuo había desaparecido. Sin embargo, y de igual modo que otras noches, dejó huellas tras de sí. En la madera de la puerta había unos cuantos monigotes completamente iguales a los encontrados anteriormente. Aquí

los tiene en este papel. Recorrí toda la propiedad sin encontrar a nadie, lo cual tiene mucho de extraño, puesto que el misterioso individuo pasó la noche dentro de ella”.

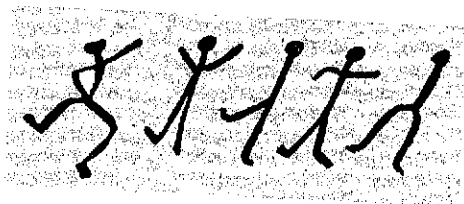
—¿Que pasó la noche en su casa? —interrumpió Holmes.

—Sí, porque al levantarme por la mañana y examinar la puerta de la caseta, me encontré con una nueva línea de monigotes debajo de la anterior.

—¿La ha copiado también?

—Sí; es muy corta. Tome.

Sacó un papel del bolsillo. La nueva danza era la que señala la figura.



—Dígame —preguntó Holmes, en cuyo rostro comprendí el gran interés que iba tomando en el asunto—: ¿esta inscripción estaba colocada inmediatamente después de la otra o aparte?

—Aparte. Estaba dibujada en la otra hoja de la puerta.

—Perfectamente. Esa observación es importantísima. Y ahora prosiga su relato, señor Cubitt.

—Ya he terminado, señor Holmes. No me queda más que decirle la gran contrariedad que me causó el verme detenido por mi mujer cuando iba a castigar al misterioso dibujante. Luego me dijo que si hubiera hecho tal cosa me habría pesado, y esta afirmación suya me hizo creer que no le era desconocido el tal granuja. Sin embargo, señor Holmes, era tan sincero su dolor y tan palpable su cariño hacia mí, que la perdoné, y me juré a mí mismo no contrariarla en nada. Ahora, usted decidirá; pero, por de pronto, he de advertirle que tengo pensado montar una

guardia con algunos de mis criados, de los más brutos, para que si vuelve ese nocturno visitante le den tal paliza que no le queden más ganas de volver a pintar monigotes. ¿Qué le parece?

—Que eso no es bastante —contestó Holmes—. Desgraciadamente, creo que se trata de una cosa demasiado seria para obrar de tal modo. ¿Cuánto tiempo piensa estar en Londres?

—Muy poco; esta noche regreso a Norfolk. Por nada del mundo dejaría sola a mi mujer.

—Tiene razón; pero, sin embargo, si se hubiese quedado uno o dos días nos hubiéramos ido juntos. En fin, ¿qué se va a hacer! Déjeme esos papeles, y espero que dentro de poco habré resuelto el enigma y le haré una visita.

Hilton Cubitt se puso en pie y tendió la mano a Sherlock Holmes, diciendo:

—Adiós, pues. ¡No olvide que en usted pongo todas mis esperanzas!

Holmes se inclinó con su característica frialdad, que no perdió un solo momento durante la entrevista, a pesar de lo cual comprendí que estaba profunda y seriamente intrigado e interesado en el asunto.

En efecto, apenas desapareció el enorme corpachón de Cubitt, Holmes se abalanzó sobre los papeles llenos de monigotes, y sentándose ante la mesa, se abrumó en largas meditaciones y en detenidos análisis. Durante dos horas no pronunció una sola palabra y lo vi escribir infinidad de números y letras. Tengo la seguridad de que llegó a olvidarse de todo cuanto le rodeaba, incluso de mi humilde personalidad. A veces, sin duda cuando tropezaba con una solución, silbaba y tarareaba entre dientes mientras emborronaba las cuartillas; a veces parecía desalentado, falto de orientación, con la frente llena de arrugas y la mirada incierta. Por fin se levantó de un salto, y dejando escapar un

grito de triunfo, empezó a pasear por el cuarto frotándose jubilosamente las manos. Luego volvió a sentarse y escribió largamente en un impreso de telegrama.

—Si la respuesta es afirmativa, querido Watson —dijo después de escribir—, ya puede ir preparando la pluma para anotar un nuevo triunfo y aumentar la narración de mis aventuras. Tengo esperanzas de que mañana iremos a Norfolk y le podremos decir algo a ese hombre respecto de su asunto.

Confieso que, a pesar de lo despierta y excitada que estaba mi curiosidad, no me atreví a preguntar nada a Holmes. De sobra sabía que, enemigo de hablar antes de tiempo, no querría decirme nada hasta que tuviera contestación al telegrama que acababa de poner.

3

Pasaron dos días.

Holmes no podía disimular su impaciencia, y cada vez que llamaban a la puerta no aguardaba que abriese la criada, sino que corría a hacerlo él mismo. Por fin, el segundo día por la tarde, llegó una carta de Hilton Cubitt, en la cual decía que todo había marchado perfectamente hasta aquella mañana, en que encontró en la piedra del reloj de sol una inscripción, cuyo facsímil acompañaba. Los monigotes estaban dispuestos en la forma que señala la figura.



Holmes examinó la inscripción largo rato, y de pronto se levantó bruscamente, lanzando un grito de angustioso asombro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —contestó mi compañero—. ¡Que hemos perdido demasiado tiempo! ¿Sabe de algún tren que nos pueda llevar esta misma tarde a North-Walsham?

Nunca lo había visto tan inquieto; su voz tenía un acento de sincera angustia. Consulté la guía. Ya era tarde. El último tren había salido media hora antes. Holmes lanzó un juramento.

—¡...! En fin, ¡qué se va a hacer! —continuó, dejando caer la cabeza sobre el pecho—. Mañana madrugaremos para tomar el primer tren. Es indispensable nuestra presencia allá...

Fue interrumpido por la entrada de la señora Hudson con un telegrama en la mano. Holmes le arrebató el sobre azul y lo rasgó precipitadamente.

—¡Al fin! Este telegrama, amigo Watson, viene a ratificarme en mi idea de salir mañana mismo para Norfolk. Hay que sacar cuanto antes a Hilton Cubitt del avispero en que está metido.

Ya comprenderá, lector, cómo me iba interesando poco a poco este asunto, que me pareció tan pueril al principio y que conforme iba pasando el tiempo me llenaba de un terror inconsciente a algo inesperado y desconocido.

Si yo fuese un novelista y pudiera fantasear a mi gusto, procuraría dar a esta historia un desenlace menos trágico del que en realidad tuvo. Pero no puedo. Fiel historiador de los hechos, me veo en la necesidad de ser verídico y seguir paso a paso éste suceso, que le prestó a Ridding Thorpe Manor unos días de triste resonancia en toda Inglaterra.

A la mañana siguiente, apenas bajamos del tren en la estación de North-Walsham, se nos acercó el jefe.

—¿Son ustedes los detectives que debían llegar hoy de Londres? —nos preguntó ansiosamente.

Una terrible sospecha inquietó el semblante de Holmes.

—¿Por qué lo pregunta?

—Hace un momento ha llegado el inspector Martin, de Norwich. Todavía no ha muerto; por lo menos según las últimas noticias que he recibido. Tal vez lleguen a tiempo de salvarla.

La frente de Holmes se obscureció más aún.

—Efectivamente —contestó—. Nosotros vamos a Ridding Thorpe Manor, pero no sabemos una palabra de lo ocurrido.

—¡Una cosa horrible, señores! —exclamó el jefe de estación—. ¡Una verdadera desgracia! Según parece, la esposa del señor Hilton Cubitt ha muerto de un tiro a su marido, y después volvió el arma contra sí, y está herida gravemente. ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia! ¡Una de las familias más consideradas y más nobles del condado!

No perdimos el tiempo en palabreos inútiles. Saltamos sobre el primer coche que se presentó a nuestra vista, y durante las siete millas del trayecto, Holmes no pronunció una sola palabra. Pocas veces lo vi tan preocupado.

Ya durante el viaje noté su agitación y el afán con que leyó los periódicos de la mañana: pero en cuanto vio realizados sus temores, cesó de agitarse, y acurrucándose en un rincón del coche, cerró los ojos, y sólo por las contracciones de la frente adiviné la turbulencia de su cerebro.

Sin embargo, nada tan hermoso ni digno de admirarse como el paisaje por el que íbamos atravesando. Entre el verdor de la campiña luchaban las dos épocas: la nuestra, glacial, febril y caprichosa, representada por los chalets, los hoteles y las blancas casitas, y la otra, evocación de la vieja y austera Inglaterra, con sus castillos y cúpulas y las torres de sus iglesias enamoradas del cielo azul.

Sobre el verdor de los campos apareció el añil del mar, y el

cochero me señaló con la fusta una casa de ladrillo que asomaba a trechos entre los árboles.

—Ahí tienen la posesión de Ridding Thorpe.

Un minuto después llegamos a la verja que rodeaba el jardín, y en seguida noté la caseta de madera y el reloj de sol que habían jugado un papel tan importante en el misterioso suceso. No habíamos hecho más que bajar del carruaje, cuando se acercó a nosotros un hombre alto y escueto, con largos y engomados bigotes, que se presentó a sí mismo como el inspector Martin, de la policía de Norfolk.

Al decirle Holmes su nombre no pudo contener una exclamación de asombro, y continuó:

—El crimen, señor Holmes, ha tenido lugar a las tres de la madrugada. ¿Cómo demonios se ha arreglado usted para saberlo en Londres y llegar aquí al mismo tiempo que yo?

—No lo sabía; lo esperaba, y por eso vine para impedirlo.

—Según eso, debe saber muchas cosas que nosotros ignoramos todavía.

—Muchas, no. Únicamente las danzas de unos monigotes.

El inspector provinciano lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Las danzas de unos monigotes?

—Sí; pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora, puesto que ya se ha cometido el crimen, lo principal es que intentemos hallar los medios de castigarlo. ¿Quiere que verifiquemos las primeras diligencias juntos, o prefiere que obremos cada uno por su cuenta?

—Para mí, señor Holmes, será un gran honor que se digne asociarme en sus trabajos —contestó el policía Martin, con sincera humildad.

—Conformes. Entonces, si le parece vamos a examinar la casa y todas sus dependencias primero.

El inspector Martin tuvo el buen acuerdo de dejar a Holmes obrar a su gusto, limitándose a anotar las observaciones y los descubrimientos que éste iba haciendo.

Precisamente, al ir a entrar en la casa nos encontramos con el médico del pueblo, que venía de reconocer a los esposos Cubitt. Era un viejecillo simpático y amable, que contestó cumplidamente el interrogatorio de Holmes.

Según dijo, la señora Cubitt, aunque gravemente herida, podía salvarse. La bala había atravesado el cerebro, y tenía que pasar, por lo tanto, mucho tiempo antes de que la víctima recobrase el conocimiento. También dijo que la forma de la herida no permitía asegurar si se trataba de un suicidio o de un asesinato. Lo único que podía decir era que el revólver (el cual se encontró en el suelo con dos cápsulas vacías) fue disparado muy cerca de la sien. Respecto a Hilton, recibió la bala en medio del corazón, y nada parecía indicar si fue el marido quien disparó sobre la mujer o ésta sobre aquél, porque el revólver yacía a igual distancia de ambos.

—¿Han tocado a las víctimas? —preguntó Holmes.

—Nada más que a la mujer. Dada la gravedad de su herida, hubiera sido una inhumanidad dejarla tal como estaba.

—¿Desde cuándo está aquí, usted doctor?

—Desde las cuatro de la mañana.

—¿Hay alguien más?

—Sí; el *constable*¹.

—¿Ha tocado usted algo?

—Nada.

—Muy bien. ¿Quién le avisó?

—La señorita Saunders.

1. Agente de Policía. (N. del T.)

—¿Quién es esa señorita?

—La doncella.

—¿Ha sido ella la que descubrió el crimen?

—Ella y la señora King, la cocinera.

—¿Dónde están?

—En la cocina, supongo.

—Vamos a verlas.

En un espacioso salón de amplios ventanales, con artesana-dos de nogal, establecimos una especie de tribunal. Holmes se sentó en medio de un butacón frailuno, y a ambos lados nos colocamos el inspector Martin, el médico de blanca cabellera, el *constable*, mocetón forzado y de ojos cándidos, y yo. Holmes apoyó la barba entre las manos, y de la palidez de su rostro surgían las dos llamaradas de las pupilas.

El improvisado juez mandó llamar a la doncella y a la cocinera, quienes declararon lo siguiente:

A eso de las tres de la madrugada, las despertó el ruido de una violenta detonación, a la cual siguió, con corto intervalo, otra. Como ambas sirvientas dormían en cuartos distintos, la señora King fue en busca de su compañera, y juntas descendieron al piso bajo. La puerta del despacho estaba abierta de par en par y encima de la mesa había una vela encendida. El señor Cubitt yacía boca abajo en medio de la habitación. Cerca de la ventana, y con la cabeza apoyada contra el muro, estaba la señora. Respiraba dificultosamente; un hilo de sangre resbalaba por uno de los lados de la cara, empapando sus vestidos y encharcando el suelo. Una humareda espesa y oliente a pólvora llenaba el cuarto y salía lentamente al pasillo. La ventana estaba cerrada por dentro. En seguida la doncella corrió a avisar al médico y a la policía, y mientras tanto, la cocinera, ayudada por el *groom* y por el lacayo, transportaron a la señora a la cama, que presentaba señales de

haber dormido en ella los esposos. Estaba completamente vestida, pero su marido no llevaba más que una bata encima de la camisa de dormir. También aseguraron los declarantes que en el despacho no se notó la menor señal de lucha, y que el matrimonio Cubitt se llevaba perfectamente, dando pruebas de quererse mucho. Además, aseguraron que todas las puertas estaban cerradas por dentro, y que el olor a pólvora lo notaron en cuanto salieron de sus cuartos.

—Fíjese bien en este último detalle —dijo Holmes al inspector Martin, que inclinó la cabeza asintiendo gravemente—. Y ahora, si le parece bien, vamos a ver el lugar del suceso.

El despacho era una habitación no muy grande, tres de cuyas paredes se hallaban cubiertas por las estanterías de la biblioteca. Cerca de la ventana —que daba al jardín— estaba la mesa.

Desde el primer momento, toda nuestra atención se concentró en el cadáver del desdichado Hilton Cubitt. El desorden de sus ropas indicaba que lo sorprendieron en pleno descanso. El asesino debió disparar el arma estando frente a frente de él, porque la bala entró en el corazón y no salió, causándole una muerte instantánea. No se encontraron sobre él señales de pólvora, y, en cambio, según declaró el médico, su mujer sí las tenía, aunque nada más que en la cara.

—Después de todo, esto no tiene importancia —dijo Holmes—. No tratándose de cartuchos de fabricación muy defectuosa, pueden hacerse infinitos disparos sin mancharse en lo más mínimo de pólvora. ¿No le ha extraído la bala todavía a la señora Cubitt, doctor?

—Todavía no. Hay que hacerle antes una operación muy peligrosa. Mire; aquí tiene el revólver. Como ve, es de cuatro tiros, y no faltan más que dos cartuchos, los dos que...

—Entonces —interrumpió Holmes—, ¿cómo se explica ese

agujero de la contraventana, que indudablemente ha sido hecho de un balazo?

Todos nos volvimos y siguiendo la dirección que marcaba el afilado dedo de Holmes, vimos que tenía razón.

—¡Demonio! —exclamó el inspector—. ¿Cómo ha descubierto eso?

—Porque lo he buscado.

—¿Que lo ha buscado?

—¡Es prodigioso! —exclamó el doctor—. Entonces, si existe un tercer balazo (lo cual es indudable), demuestra la intervención de una tercera persona. Pero, ¿quién es esa tercera persona? ¿Por dónde ha logrado escapar?

—Eso es lo que nos falta saber —contestó Holmes—. Ya recordará, inspector Martin, que le hice observar la importancia de esa afirmación de las criadas cuando dijeron en su declaración que el olor de la pólvora lo notaron en cuanto salieron de sus cuartos.

—Sí, lo recuerdo; pero yo no veo...

—Ahora verá. Esta observación me hizo comprender que cuando se dispararon los dos tiros, la puerta y la ventana estaban completamente abiertas, pues de otro modo no se hubieran extendido tan pronto el olor y el humo por toda la casa. Era preciso que hubiera una corriente de aire. Sin embargo, me parece que la puerta y la ventana no estuvieron abiertas mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque la vela no se ha corrido.

—¡Asombroso! —exclamó el inspector—. ¡Asombroso!

—Ahora, una vez seguro de que la ventana estaba abierta en el momento del drama, ya no resulta tan descabellada la idea de un tercer personaje, que debió disparar desde el jardín. Al contestarle desde el interior, hicieron el agujero ese de la ventana.

—Y quién cerró entonces las contraventanas?

—Sin duda la mujer lo haría inconscientemente para... ¿Qué es esto?

Sobre la mesa había un magnífico saco de mano de piel de cocodrilo, con adornos de plata. Holmes lo abrió, hallando dentro veinte billetes del Banco de Inglaterra, de cincuenta libras esterlinas cada uno, sujetos con un elástico.

—Tome —dijo mi compañero, entregándole al inspector el saco y los billetes—. Hay que guardar eso como prueba de convicción. Y ahora volvamos a estudiar cómo y por quién se disparó este tercer tiro. ¿Tiene la bondad de llamar a la señora King?

Al poco rato, la cocinera entraba en la habitación.

—Según ha declarado usted hace un momento —le dijo Holmes—, anoche la despertó el ruido de una “violenta” detonación. ¿Quiere decir con esto que la primera fue más fuerte que la segunda?

—No lo sé a punto fijo. Desperté con tal sobresalto, que no podría afirmarlo sin temor de equivocarme. Lo único que sé es que fue una detonación tremenda.

—¿No serían dos tiros a la vez?

—No sé.

—Está bien; puede retirarse. Aquí ya no hacemos nada, señores. Si no tienen inconveniente, vamos al jardín. Tal vez allí descubramos algo más.

Debajo de la ventana del despacho había un cuadrado de césped y de flores. En cuanto llegamos a él un grito de asombro salió de todas las bocas. Las flores estaban destrozadas y sucias y el césped cubierto por las huellas de un pie hombruno extraordinariamente puntiagudo y afilado. Holmes se tendió boca abajo y registró minuciosamente. De pronto lanzó un grito triunfal y se levantó, enseñándonos un pequeño cilindro de cobre.

—¡Aquí está! —exclamó—. Bien decía yo que había una tercera persona, y que esta tercera persona disparó desde el jardín.

Estoy satisfecho, señor inspector. Las pesquisas no han podido dar mejor resultado.

El buen inspector Martin estaba estupefacto, aturdido. Al principio desconfió algo de aquel aficionado, de quien tantos prodigios habían dicho los periódicos; pero luego, al ver cómo iba descubriéndolo todo, se le rindió y estaba dispuesto a obedecerle ciegamente.

—¿Qué? ¿Sabe usted algo? ¿Sospecha algo? —preguntó, respetuosamente.

—Permítame que calle por ahora. Estamos ya tan adelantados, que más vale dejarme obrar sin preguntarme nada.

—Como guste, señor Holmes. ¿Con tal de que logremos coger al asesino!...

—De eso le respondo. Ahora mismo tengo en la mano todos los hilos de este asunto; y aunque la señora Cubitt no recobrara el conocimiento, podríamos perfectamente reconstituir en todos sus detalles el drama de anoche. Dígame: ¿hay en las cercanías alguna posada que lleve el nombre de Elrige?

Se preguntó a los criados. Nadie conocía semejante nombre. Sólo el lacayo recordó que un individuo que se llamaba así tenía una casa de labor a algunas millas de distancia, cerca del East-Ruston.

—Sí, señor; muy solitaria.

—Entonces, no habrá llegado todavía allí la noticia de lo ocurrido esta noche en esta casa.

—Es probable que no.

Holmes reflexionó unos segundos; luego levantó la cabeza, y con una extraña sonrisa en los labios, dijo:

—Vas a montar a caballo, muchacho, y a todo galope llevarás una carta a casa de Elrige.

Sacó del bolsillo los papeles llenos de monigotes, y colocándolos extendidos en la mesa, de modo que los viera perfectamente,

se puso a escribir. Luego se levantó y le entregó la carta al muchacho, recomendándole muy especialmente que no la pasara a nadie más que al destinatario y, sobre todo, que no contestara a ninguna pregunta. Mientras le hacía estas recomendaciones, me fijé en el sobre escrito, con una letra muy distinta a la habitual de Holmes, y que decía lo siguiente:

PARA EL SEÑOR ABE SLANEY

En casa de Elrige

EAST-RUSTON.
(Norfolk)

—Me parece, amigo Martin —continuó Holmes, dirigiéndose al inspector—, que debería pedir telegráficamente una escolta, pues si se realizan las cosas tal como espero, tendrá que conducir a la cárcel del condado a un individuo muy peligroso. Este muchacho podría también encargarse del telegrama. Respecto a nosotros, querido Watson, esta noche dormiremos en Baker Street. Este asunto está ya dando las boqueadas.

Cuando se marchó el lacayo, Holmes ordenó a las criadas que si venía alguien preguntando por el señor Hilton Cubitt, no le dijeran una palabra de lo ocurrido y lo condujesen directamente al salón, adonde subimos los dos con el inspector Martin, pues el doctor se marchó a cumplir con sus obligaciones.

4

Nos sentamos cómodamente en amplios butacones. Puso Holmes encima de la mesa los papeles llenos de monigotes, y con aquella entonación grave y frívola a un mismo tiempo, empezó a hablar:

—Como tenemos por lo menos una hora por delante, voy a intentar hacérsela pasar a ustedes del modo más interesante e instructivo posible. Usted, Watson, me va a dispensar que no haya satisfecho antes su legítima curiosidad, y usted, inspector Martin, fijese especialmente en lo que voy a decir, porque tal vez le sirva de mucho en su carrera. Y basta de preámbulo.

Hizo una breve pausa, la pausa de todos los oradores que saben atraer la atención de sus oyentes; luego continuó:

—Aquí tenemos estos dibujos, que, a no ser porque han figurado como prólogo o preludio en este reciente drama, arrancarían una sonrisa. Tales son su grácil, su ingenua desenvoltura, y de tal manera son cómicas las danzas, que desde el primer momento comprendí que se trataba de unos signos convencionales, de un alfabeto secreto. Sin embargo, y a pesar de que yo creía conocer todas las escrituras secretas, a pesar de que soy autor de una obrita en que se estudian ciento cincuenta sistemas diferentes, confieso que éste me era desconocido en absoluto. Indudablemente, los autores o inventores lo adoptaron como uno de los más difíciles al análisis y a la lectura no teniendo la clave. Efectivamente, todo el que vea una inscripción de éstas no puede menos que atribuirla a la mano inexperta de un muchacho. Pero a mí no lograron engañarme, y en seguida apliqué las reglas que existen (la mayor parte de ellas creadas por mí) para descifrar todas las escrituras secretas. Trabajo me costó, pero salí triunfante de la empresa.



—El primer mensaje que llegó a mis manos era tan corto, que no pude averiguar más que la significación de este signo.

”Ya saben que la letra *E* es la que se emplea con más frecuencia en el alfabeto inglés, y es tal su predominio, que hasta en las frases más cortas se encuentra una vez por lo menos. Ahora bien; de los quince signos que componían la primera inscripción, cinco eran semejantes, y, por lo tanto, no era muy descabellada la suposición de que correspondían a la letra *E*. También noté que la figura representativa de la *E* tenía a veces una bandera; pero a juzgar por el modo en que estaban dispuestos los tales “abanderados”, deduje que se empleaban únicamente para separar las palabras entre sí.

”Una vez sentadas estas hipótesis, quedaba la parte más pe-
liaguda del asunto. Después de la *E*, las demás letras se emplean indistintamente y sin predominio de unas sobre otras. Haciendo el recuento en la página de un libro, vi que podía establecerse un orden de empleo (numérico, por decirlo así), semejante a éste: *T, A, O, I, N, S, H*, etcétera; pero como esto resultaba muy pesado, decidí cambiar de sistema y esperar una segunda prueba. Pasados unos días, el señor Cubitt fue a verme y me entregó dos frases pequeñas, donde no había “abanderado”, lo cual demostraba que era una sola palabra. Aquí están. Esta palabra, que, como ven, se compone de cinco letras y cuya segunda y cuarta son *E*, ¿sería *sever*¹, *lever*² o *never*³? Como de estas tres palabras, la última era la más lógica, pues tenía todo el aspecto de una contestación, deduje que debió ser dibujada por la joven como respuesta a los mensajes anteriores. Partiendo, pues, de este principio era indudable que los signos (figura 7) correspondían a las letras *N, V* y *R*. Ya conocía cuatro letras; pero no tenía bastante, y entonces pensé que la contestación

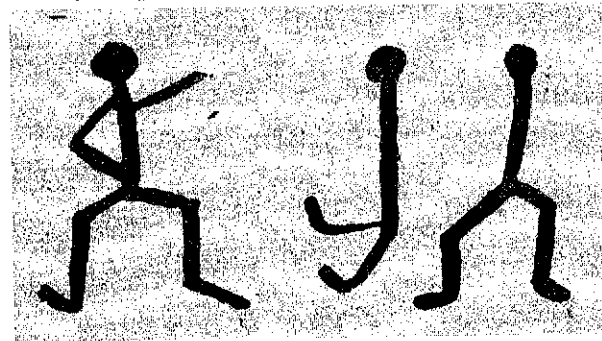
1 *Sever*: dividir, separar.

2 *Lever*: palanca.

3 *Never*: nunca.

de la señora Cubitt debía de referirse a los mensajes anteriores, y que el autor de éstos debía ser una persona que la conoció íntimamente en otra época.

”Así, pues, se me ocurrió que si descubría una palabra de cinco letras, de las cuales la primera y la última fueran *E*, debía ser *Elsie*, nombre de la joven. Miré los mensajes anteriores, y vi que,



efectivamente, esta combinación terminaba la frase en tres inscripciones diferentes. Ya resultaba indudable que las tres letras intermedias eran *L, S*, e *I*. Faltaba saber si era una súplica o una imposición lo que decían los monigotes. Entonces me fijé en la palabra anterior a *Elsie*, que se componía de cuatro letras y que terminaba también en *E*. ¿Sería *come*?¹ Examiné otras palabras también de cuatro letras y terminadas en *E*, pero ninguna encajaba en mi suposición. Como ven ustedes, ya conocía otras tres letras más (*C, O*, y *M*), y, por lo tanto, podía intentar la solución del primer mensaje. Escribí, pues, las letras que conocía, substituyendo por puntos las ignoradas, y resultó la siguiente combinación:

.M .ERE ..E S..NE

"La primera letra de la inscripción debía de ser una A, puesto que, siendo tan corto el mensaje, aparecía tres veces. Luego pensé que la otra podía ser una H. Hice la prueba, y obtuve la siguiente frase:

AM HERE A.E SLANE.

"Y reemplazando los puntos por una B y una Y, que estaban indicadísimas, resultó:

AM HERE ABE SLANEY²

"Tenía ya tal número de letras conocidas, que me sería muy fácil descifrar el segundo mensaje. Valiéndome, pues, de los conocimientos adquiridos, escribí lo siguiente:

A. ELRI. ES

"La frase no podía tener sentido más que añadiéndole una T y una G. Es decir:

AT ELRIGE'S³

"Y entonces comprendí que esta palabra Elrige sería el nombre de la posada u hotel o el del dueño de la casa donde estuviera el desconocido".

—¿Y qué hizo usted entonces? —interrumpió el inspector Martin, que, como yo, había seguido atentamente las explicaciones de Holmes.

—A juzgar por el nombre de Abe⁴ Slaney —prosiguió Sherlock— debía de ser un americano quien escribía tales mensajes, y si recordamos que la carta que recibió la mujer de Cubitt antes de aparecer los monigotes llevaba sellos americanos, la suposición tenía muchos visos de certeza. Además, las alusiones de Elsie a

² Estoy aquí. Abe Slaney. Abe Slaney era el nombre del autor del mensaje. (N. del T.)

³ En casa del Elrige.

⁴ Abe es una contracción americana de Abel. (N. del T.)

su vivir pretérito, la falta de confianza en su marido, parecían afirmar también la hipótesis. Entonces puse un telegrama a mi amigo Wilson Hargreave, de la policía de New York, quien me debe algunos favores, preguntándole si conocía a un tal Abe Slaney. Aquí tienen el telegrama respuesta: "Es el bandido más peligroso de Chicago". La misma tarde en que recibí esta contestación, Hilton Cubitt me mandó el último mensaje de Slaney, y después de substituir los monigotes por letras, según la clave, obtuve lo siguiente:

ELSIE .RE.ARE TO MEET THY GO.

"Añadí dos P y una D, y al leer:

ELSIE PREPARE TO MEET THY GOD⁵

comprendí que el bandido había pasado de las súplicas a las amenazas y que no tardaría en poner en práctica estas últimas. Inmediatamente salimos mi amigo y yo en dirección a Norfolk, pero desgraciadamente llegamos tarde. El crimen se había cometido ya".

—Nunca me felicitaré ni le agradeceré lo bastante que haya intervenido en este asunto —exclamó calurosamente el inspector Martin—. Sin usted yo no hubiera sabido hacer nada. Sin embargo, permítame una reflexión. Perdona, pero se trata de mis jefes, ante quienes tengo que justificar y explicar mi conducta. Si ese Abe Slaney que estaba o está en casa de Elrige es realmente el asesino, ¿no le parece que puede muy bien escaparse mientras hablamos aquí tranquilamente?

—Pierda cuidado. No se escapará.

—¿Por qué?

—Porque su huida demostraría su culpabilidad.

El inspector Martin se levantó.

—¿Adónde va? —preguntó Holmes.

—En busca de ese hombre.

—No hace falta. Dentro de un momento estará aquí.

—¿Aquí?

—Sí; lo he citado.

—¿Pero vendrá?

—Vendrá.

—¿Y no será posible que su carta, en lugar de obligarlo a venir, lo incite a emprender la fuga?

—Creo que no. Me parece que he sabido... Pero ¡calla! ahí está... Ese hombre que entra en el jardín es él.

El inspector Martin y yo nos acercamos a la ventana. Efectivamente, por una de las avenidas venía un hombre alto y de porte distinguido. Tenía el rostro quemado por el sol y sobre la barba negra y enmarañada descendía una nariz aquilina. Vestía traje de franela gris, un sombrero panamá le cubría hasta los ojos, y los dedos de la mano derecha jugueteaban con el bastón. Viéndolo avanzar con aquella jactancia y aquella tranquilidad nadie diría que se trataba de un asesino dirigiéndose al teatro de sus crímenes, sino de un honrado propietario, que volvía a su casa después de un corto paseo.

—Creo, señores —dijo Holmes, con la mayor tranquilidad—, que debemos escondernos detrás de la puerta y en cuanto entre echarnos encima de él. Tratándose de un canalla semejante, todas las precauciones son pocas. Tenga preparadas las esposas, inspector Martin. Y ahora, ni una palabra más.

Permanecemos en silencio durante un minuto, uno de esos minutos que nunca se olvidan.

Por fin se abrió la puerta. Entró el asesino. En un abrir y

cerrar de ojos, Holmes le apoyó en la sien el cañón del revólver y Martin le encerró los puños en las esposas de hierro. Con tal rapidez se le atacó, que antes de que pudiera darse cuenta se vio sujeto e impotente para hacer la menor resistencia. Sus ojos lanzaron sobre nosotros rayos de cólera y de odio. Después soltó una estruendosa carcajada.

—¡Está bien, señores! Veo que no trato con tontos. Pero no me explico la razón de este atropello. Yo venía aquí citado por una carta de la señora Cubitt. Ha sido ella la que me ha tendido una trampa, ¿verdad?

—La señora Hilton Cubitt —contestó Holmes— está gravemente herida y tal vez muera antes de mañana.

Slaney lanzó un grito de dolor que hizo retemblar los cristales.

—¡Mentira! ¡El herido fue él!

—Y ella —repuso Holmes.

—¡No, no puede ser! —añadió el presunto asesino, temblorosa la voz y llameantes las pupilas—. ¿Quién se iba a atrever con ella? Yo podré amenazarla de palabra, pero antes dejaría de existir que tocar uno solo de sus cabellos. Pero no, eso es una broma suya. Elsie no está herida, ¿verdad que no?

—Desgraciadamente, es verdad. Se la encontró mortalmente herida junto al cadáver de su esposo.

Slaney se derrumbó en un sillón, y ocultando el rostro entre las aherrojadas manos, sollozó largo rato. Luego, levantando la cabeza y con la desesperación pintada en el semblante, exclamó:

—¡Voy a decirlo todo, señores! Les juro que si disparé sobre Cubitt fue en legítima defensa, contestando a su agresión. El fue quien disparó primero. Respecto a la herida de Elsie, yo no soy responsable. Nada más lejos de mí que hacerle el menor daño. Les juro que no existe ningún hombre en el mundo que ame a una mujer como yo quise y la quiero a ella. Además, en

este caso, no hice más que reclamar lo mío. Cuando ese maldito inglés se metió por medio, Elsie era mi prometida.

—No fue el inglés, sino su propio comportamiento y sus inclinaciones lo que los separó. Cuando conoció a Hilton Cubitt fue después de huir de América y de usted. Destrozó usted su vida, hasta el punto de obligarla a abandonar a su marido, al hombre que más quería en este mundo, para seguirle a usted, el hombre a quien odiaba con toda su alma. Y para terminar, Abe Slaney, usted es el responsable de la muerte de Cubitt y del suicidio de su esposa. De ambos crímenes responderá ante la justicia.

El americano se encogió de hombros.

—¡Muerta Elsie, todo me tiene sin cuidado!

Hizo un esfuerzo y, abriendo una de las manos, mostró la carta de Holmes.

—Sin embargo, no sé por qué se me figura —continuó, con una leve sospecha en las crueles pupilas— que me está usted mintiendo. Si esa mujer está tan gravemente herida, como dice, ¿quién me ha escrito esta carta?

—Yo —contestó Holmes.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—¡Mentira! Nadie, excepto nosotros, conocía el secreto de los monigotes bailarines.

—Lo que un hombre puede inventar puede ser descubierto por otro hombre —dijo Holmes, sonriendo—. Pero, en fin, no se trata ahora de eso. Dentro de poco llegará un coche que lo ha de conducir hasta las autoridades de Norfolk. Mientras tanto, va usted a reparar en lo posible el mal que ha hecho. ¿Sabe que han acusado a la señora Cubitt de la muerte de su esposo, y que a no ser por mi intervención en este asunto, la gente y la justicia hubieran permanecido en esta creencia? Lo menos que

puede hacer es decir claramente que ella no ha intervenido de ningún modo en la muerte de su esposo.

—¡No deseo otra cosa! —exclamó el americano—. En mi propio interés está que se sepa toda la verdad de los hechos. Ya he dicho antes que todo me tiene sin cuidado, y que si ella muere, mi vida no tendrá razón de ser.

—Entonces, ¿quiere contarnos cuándo y dónde conoció a Elsie? —dijo Holmes.

—Hace algunos años —empezó Slaney— se constituyó en Chicago una sociedad de malhechores, de la cual yo formaba parte, y cuyo jefe era el viejo Patrik, padre de Elsie. El fue quien inventó esa escritura secreta que, a no tener la clave, parece un entretenimiento infantil. Elsie vivió algún tiempo con nosotros, pero cansada de aquella vida y con algunos ahorros que ganó, honradamente, se vino a Londres. Antes de abandonar América estaba convenida nuestra boda, y tal vez se hubiera verificado de renunciar yo a mi profesión, pues ella no quería tener el menor contacto con la banda. Pasado algún tiempo, me enteré de su matrimonio con Cubitt y del lugar donde vivía, y le escribí dos cartas. No me contestó. Entonces vine aquí y empecé a dibujar, en sitios donde ella pudiera verlas, todas esas inscripciones que ya usted conoce.

—Hace un mes que estoy aquí, en la granja de Elrige, donde alquilé un cuarto bajo con objeto de poder salir por la noche sin que nadie se enterara. Procuré por todos los medios posibles que Elsie se escapara conmigo, sin conseguirlo. Sin embargo, me consta que leía mis ruegos, porque un día leí una negativa rotunda que escribió debajo de mi petición. Perdí la paciencia y empezaron las amenazas. Entonces ella me escribió suplicándome que la dejara en paz, que estaba destrozando su vida, y que aquella noche, mientras su marido estuviera acostado, se asomaría a las tras de la mañana a la ventana del despacho y me daría el último

adiós. Así fue. Cuando dieron las tres ella apareció en la ventana y alargándome un saquito lleno de dinero, me rogó que la dejara y que volviera a América. Perdí la razón, y cogiéndola por la muñecas, intenté sacarla de la habitación y arrastrarla conmigo. En aquel momento apareció el marido con un revólver en la mano. Elsie cayó desmayada y él y yo nos encontramos frente a frente. Para asustarle saqué el revólver, y él entonces disparó en suyo, sin herirme; contesté a la agresión, y sin esperar el resultado salí huyendo”.

Hubo una pausa. Slaney dejó caer la cabeza y permaneció algunos segundos con la barba clavada en el pecho; luego levantándola, continuó:

—Les he dicho la verdad, toda la verdad. Y les juro que no volví a saber más de lo ocurrido hasta que su carta me ha hecho caer como un imbécil en la trampa.

En aquel momento aparecieron en la puerta dos policías. El inspector se levantó, y apoyando la mano en el hombro de Slaney, dijo:

—Vamos. Ya es hora de partir.

—¿No podría verla antes de marchar?

—No; no puede ser... Señor Holmes, no puedo expresarle cuánto es mi agradecimiento y cuánta sería mi alegría si lo pudiera tener siempre a mi lado en ocasiones como ésta.

5

Holmes y yo nos asomamos a la ventana y vimos desaparecer el coche que conducía al asesino.

Luego volví la vista hacia el interior y mis ojos tropezaron con la carta que Holmes enviara a Slaney y que éste había dejado encima de la mesa.

—A ver si puede descifrarla, Watson —dijo Holmes—

Cogí el papel, y vi lo siguiente:



Haciendo uso de la clave que le he dicho —continuó mi compañero—, verá que todo eso quiere decir: “Ven cuanto antes”. Yo estaba completamente seguro de que Slaney no dejaría de acudir a la cita, puesto que juzgaría la carta como de Elsie, no imaginándose que alguien más supiera su secreto. Ya ve, amigo Watson, cómo esos monigotes, que tantas veces fueron cómplices del mal, han servido esta vez para el bien y la justicia. Ahora, si le parece, iremos paseando hasta la estación. El tren sale a las tres y cuarenta, y, por lo tanto, llegaremos a Baker Street a la hora de comer.

Dos palabras para terminar. El americano Abe Slaney fue condenado a muerte; pero gracias a un indulto se le conmutó la pena por la de trabajos forzados a perpetuidad. Respecto a la señora Elsie Cubitt, recobró la salud pasado mucho tiempo, y el resto de su vida permaneció viuda y consagrada a hacer obras de caridad.